

## II

Al viajero que del interior de la República viene poco á poco hacia estas fronteras, le llama la atención que á medida que avanza hacia el Norte no encuentra ya esas poblaciones, exclusivamente de aborígenes, que se ven en las cercanías de la Capital, en Puebla ó en Michoacán. Más todavía; si es observador, excita su admiración el saber que en uno que otro barrio de algunas poblaciones notables, como San Luis ó el Saltillo, no hablan los naturales dialecto alguno de las tribus del Norte, sino el idioma original de México ó de Tlaxcala, sin más modificaciones que las que tiene que sufrir una lengua sin literatura, y que se va transmitiendo de viva voz sin grande atención á la gramática. Igual fenómeno se observa, aunque en menor escala, en ciertos pueblos adheridos á mayores poblaciones, y á mayor ó menor distancia de las mismas, tales como el de Guadalupe, cercano á Monterrey, ó el de Bustamante, á dos leguas de Villaldama. Se nota asimismo que en tales suburbios, barrios ó pueblos, se conservan con mayor tenacidad ciertas prácticas exteriores del culto, que en las cabeceras se han olvidado algún tanto; y que sean cuales fueren las costumbres, la piedad es más tierna y la devoción es más patente.

Para vosotros, ni los fenómenos ni sus causas son un misterio; pero en las circunstancias actuales conviene que os recuerde ciertos hechos históricos que con ellos tienen relación, y que es preciso que no se oscurezcan. ¿Qué eran hace dos siglos y medio los campos bien cultivados que se extienden en derredor, las calles en que se alinean vuestras habitaciones, el área considerable que ocupa la vecina ciudad de Linares? Bosques espesos, breñales incultos, fétidos pantanos, era lo único que formaba las márgenes, hoy tan amenas, de los cristalinos ríos que con tanta profusión riegan estas comarcas. Las recorrían con frecuencia tribus nómadas, ya feroces en extremo, como las que venían de Tamaulipas, ya comparativamente mansas, pero siempre salvajes; en guerra las unas con las otras, cebando, en cuantos podían, sus bárbaros instintos, oprimiendo al débil, dando al vencido crudelísima muerte ó sujetándolo á durísima esclavitud. Los nuevos colonos y conquistadores de México venían poco á poco extendiendo sus posesiones, y convirtiendo á los naturales á la fe; pero á medida que avanzaban, se aumentaban las dificultades, pues ya no encontraban imperios, ó reinos, ó repúblicas bien establecidas como en México, Michoacán ó Tlaxcala, sino hordas errantes que ni aguardaban al enemigo ni tendían la mano al misionero.

El medio que excogitaron los gobernantes de entonces para atraer á las tribus, abrirles los ojos á la luz del Evangelio y hacerles gustar las ventajas del trabajo y las dulzuras de la civilización, fué prudente en extremo; y sus benéficos resultados nos demuestran la profunda sabiduría de tan acertada medida. Nada nuevo os narro al recordaros que no con españoles se atraía á los indígenas

errantes de estas regiones, ni con españoles exclusivamente se poblaban estos vastísimos terrenos. Unas veces, al mismo tiempo que se abrían los cimientos de una villa para colonos europeos, se trazaba á poca distancia un pueblo para indígenas, que se poblaba por de pronto con tlaxcaltecas ó mexicanos, ya convertidos y civilizados. Poco á poco iban viniendo las tribus errantes, que no desconfiando de los de su propia raza, aprendían á cultivar la tierra, se persuadían de que el trabajo no es indigno del varón, y acababan por conocer al verdadero Dios y recibir las aguas regeneradoras del bautismo. Tal sucedió en San Esteban del Saltillo, en Guadalupe, cerca de Monterrey, en lo que ahora se llama Bustamante, en Nuevo León, y en otros puntos que vosotros mejor que yo podéis enumerar.

Otras veces los indígenas ya civilizados precedían á los españoles en la empresa civilizadora. Capitaneados por dos ó tres inermes misioneros, penetraban en los aduares de las tribus más feroces, se establecían allí, y fraternizando con los primitivos habitantes, fundaban colonias florecientes; y con el cristianismo introducían el amor al trabajo, la industria y la cultura. Tal sucedió con vuestro pueblo, anterior con mucho á la ciudad de Linares. Cincuenta años antes que tal población se fundase, ya la tribu de los hualahuises había construido aquí sus habitaciones estables, en derredor del oratorio dedicado á San Cristóbal, que convertido en templo de respetables dimensiones, acabamos de dedicar. La tribu primitiva ha desaparecido. Una raza fuerte, vigorosa y bien formada es la que hoy puebla estos contornos. Ninguno podría trazar su origen hasta aquellos primeros

pobladores que, abandonando su vida errante aquí se establecieron, y que renunciando á comerse los bueyes que el misionero les diera para la labranza, los uncieron por primera vez al arado y enseñaron á la tierra á producir el grano que antes despreciaban y después constituyó su indispensable alimento.

Pero si los hualahuises desaparecieron, el cristianismo y la civilización han quedado. La religión echó raíces de tal suerte, que estáis viendo los opimos frutos que produce. Dicen políticos superficiales que ese apego de los aborígenes en la República Mexicana á ciertas prácticas exteriores del culto, como las procesiones, por ejemplo, de que ni leyes, ni rigores tiránicos han podido hacerlos prescindir, más que de amor al catolicismo proviene de adhesión á los antiguos ritos idolátricos, que sólo han cambiado de forma y de objeto. Aunque pudiera decirles, si de procesiones se trata, que lejos de ser un rito del paganismo, forma parte muy esencial del ritual católico; que hubo procesiones en las Catacumbas, como las hay hoy día en España y en Francia, en las regiones que domina el Turco y (excepto la nuestra) en todas las Repúblicas de la América española; que suprimidas hace tres siglos por el furor de la persecución protestante, han resucitado en Inglaterra, y Alemania, y Holanda, y en los Estados Unidos; aunque algo semejante pudiera replicar sobre los demás ritos tan caros á los cristianos indígenas, nada contestaré. Me limitaré á conducir á los que tal piensan ó dicen, á estos barrios ó pueblos que fueron de naturales en mi actual diócesi y les preguntaré: ¿Tuvieron las tribus nómadas que poblaron estos lugares, ritos idolátricos parecidos á los cristianos que

criticáis? Si algo saben de historia responderán que no. ¿Son, por ventura, descendientes de aquellos (tornaré á preguntar) los que actualmente se muestran tan apegados á prácticas vedadas, sí, por inicua ley, pero amadas por la universalidad de los mexicanos? Aunque ellos no replicarán, los habitantes todos responderán en coro que no; que las razas se han mezclado de tal manera que no quedan vestigios de la primitiva; que el apego á los ritos católicos no proviene de tradiciones de casta, sino de amor á la religión misma.

Seguid, seguid con vuestras piadosas costumbres, habitantes de Hualahuises. Celebrad la Semana Mayor como hasta aquí, con aquella pompa y aquellas tiernas ceremonias traídas de España, que tanto sirven para fomentar la piedad, y que importa tanto conservar ahora que del Norte nos quieren introducir una religión tan falsa como fría, que las proscriben y las detesta. Seguid tributando á las imágenes de María Santísima, de vuestro gigantesco patrono San Cristóbal, y de los demás Santos protectores, la misma reverencia que daríais á los celestiales personajes que representan (como aprendisteis desde pequeños en el catecismo). Entretanto, no os olvidéis de aquellos santos misioneros que, llenos de abnegación y de fe, plantaron la cruz en estos campos. ¡Qué intrepidez la de aquellos apostólicos varones! Abandonaban su patria para jamás volver á su seno, y consagraban su vida entera á los pueblos que venían á convertir. ¡Qué pobreza, qué penitencia, qué espíritu de mortificación! Contentos con una sola túnica, como manda Jesucristo á sus enviados, sin más bagaje que su libro de oraciones, desafiaban la muerte, y la encontraban son-

riendo, ya en la punta de envenenadas flechas, ya en las exhalaciones de pestilentes pantanos. Si en vez de aquellos celosos franciscos hubieran venido los que ahora nos mandan las sociedades bíblicas protestantes, estad seguros que ni un templo ni una casa se levantarían en las regiones que ahora habitamos. Seguirían las tribus sin civilización y los campos sin cultura; ó á lo sumo habrían sido aquellas pasadas á cuchillo, y éstos habrían caído en manos extrañas. Los Hualahuises, y los Borrados, y los Pames, que formaron pueblos tan industriosos y tan cristianos, habrían sido hechos esclavos por tribus más feroces, en cuyo poder habrían hallado, no los cristianos tratamientos y moderada libertad que les tocó en suerte en las misiones, y *congregas* y reducciones, sino una servidumbre ominosa y una muerte cruel.

Aunque os inviten á cada instante á renegar de vuestros antepasados, no os avergüence vuestro origen. Grandes cosas hicieron vuestros mayores, ya vinieran de allende los mares, ya nacieran en el nuevo continente. ¿En qué país de la tierra se ha sabido identificar tan bien como en el nuestro la raza conquistada á la conquistadora? ¿En dónde se ha logrado lo que en México, que los neófitos se adhieran con más tenacidad á la religión recién aprendida, que los mismos que se jactan de cristianos viejos?

¡Fieles de Linares y Hualahuises! Aunque el templo está dedicado, aún os falta la obra más importante. Esta es la casa de nuestras oraciones, dice San Agustín, pero nosotros mismos somos la casa de Dios, y ésta aún no se construye: *domus nostrarum orationum ista, domus autem Dei nos ipsi*. Nuestra dedicación se celebrará en la

vida futura; en la presente es menester aplicarnos á nuestra construcción. La primera predicación de la fe, ha sido para vuestra edificación espiritual lo que para esta iglesia el extraer las piedras de las canteras, el cortar las maderas de los bosques. Con el bautismo, con la predicación, con la instrucción religiosa, se os ha labrado, se os ha pulido, se os ha dado la forma y tamaño conveniente. La caridad que os ha de unir hará en vosotros lo que hace el argamasa en la construcción material. Sin ella no hay edificio, sin ella no hay Iglesia. Amaos, pues, los unos á los otros conforme al mandato de Jesucristo; de otra manera, seréis escombros, formaréis montones de ruinas; pero nunca la Casa de Dios.

¡Que esta caridad os distinga siempre! ¡Que jamás se vean en vosotros funestas divisiones! ¡Que la prosperidad material venga juntamente con los bienes espirituales, que ruego al Señor haga llover sobre vosotros! ¡Que no pasen muchos años sin que la antigua misión de los Hualahuisés quede unida á la ciudad de Linares, no sólo con vínculos espirituales, sino por una larga calle de no interrumpidos edificios, entre los cuales se eleven nuevos templos y casas de oración y beneficencia! Tales son los votos de vuestro agradecido Pastor.



## SERMÓN

PREDICADO DESPUÉS DE LA BENDICIÓN DE LA IGLESIA PARROQUIAL  
DE PESQUERÍA GRANDE, EL 28 DE DICIEMBRE  
DE 1884.